



EL ORIGEN

NO PUEDES BUSCAR EL PODER Y RECHAZAR
AL TODOPODEROSO

PASTORES EDUARDO Y JAZMÍN DE JESÚS



EL ORIGEN

NO PUEDES BUSCAR EL PODER Y RECHAZAR
AL TODOPODEROSO

PASTORES EDUARDO Y JAZMÍN DE JESÚS

El Origen

Prs. Eduardo y Jazmín de Jesús

Primera Edición Noviembre 2024

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, o por ningún sistema de almacenamiento digital, excepto por citas breves con propósitos de compartir puntos de vista sobre el libro, sin consentimiento escrito y expreso de los autores.

Todas las citas bíblicas, excepto las especificadas son de la Santa Biblia Reina Valera v60.

CONTENIDO

Prólogo	5
Introducción	7
Capítulo 1: La Fuente de Todo	10
Capítulo 2: La Naturaleza del Pecado	19
Capítulo 3: Camino de Convicción	28
Capítulo 4: La Realidad del Mundo Espiritual	36
Capítulo 5: La Presencia de Dios	45
Capítulo 6: Sabotajes Espirituales	53
Capítulo 7: El Espíritu Santo, Compañero de Vida	61
Palabras Finales	69

PRÓLOGO

¿Alguna vez te has preguntado cuál es el verdadero propósito de la vida?

En el ajetreo de las expectativas y las metas personales, es común enfocarnos en obtener logros, alcanzar reconocimiento o asegurar bienestar. Sin embargo, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, persiste un vacío inexplicable, una búsqueda constante de algo que parece siempre fuera de nuestro alcance. La vida puede darnos momentos de satisfacción y logros, pero *¿realmente encontramos en ellos la paz y el propósito profundo que anhela nuestro corazón?*

El Origen nace de esta misma pregunta, de la inquietud que todos enfrentamos cuando el éxito terrenal no satisface el alma. Este libro es una

exploración de esa búsqueda más profunda: *un camino hacia Dios como la fuente original y el propósito último de nuestra existencia*. Más allá de los valores superficiales que el mundo ofrece, encontramos en Dios un sentido de plenitud, propósito y paz que transforma cada aspecto de la vida.

A través de sus páginas, serás guiado a descubrir cómo la presencia de Dios, su palabra y su Espíritu Santo pueden llenar ese vacío que nada en el mundo puede satisfacer. Este libro no solo busca dar respuestas, sino invitarte a una experiencia renovadora que, capítulo a capítulo, transforme tu manera de ver la vida, los logros y tu relación con Dios.

El comienzo de un viaje hacia el verdadero propósito, donde aprendemos a vivir en dependencia de la única fuente de paz duradera y amor incondicional. Espero que cada enseñanza te acerquen más a la realidad de que en Dios se encuentra el origen y el sentido de todo lo que somos y de todo lo que anhelamos ser.

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo que nos enseña a perseguir el éxito de forma incansable, de la manera en la que lo veamos es un camino difícil de transitar. Desde que tenemos memoria, se nos dice que la plenitud y el propósito de la vida se encuentran en el reconocimiento, la fama, el dinero y el poder.

Estas metas parecen definir el camino del “éxito” y, como espejismos, nos guían a través de un desierto de logros fugaces y deseos que nunca se sacian.

Te has preguntado porqué cuando alcanzamos las metas, *¿el vacío persiste? ¿Por qué pareciera que, mientras más nos esforzamos, más nos alejamos de la paz verdadera y duradera?*

Este libro, “*El Origen*”, busca abordar esta paradoja

espiritual y brindar una perspectiva radicalmente diferente: *que la verdadera fuente de propósito, satisfacción y plenitud no se encuentra en los recursos materiales ni en el reconocimiento humano, sino en una relación íntima con Dios, el Creador de todas las cosas, nuestro Padre, Jesús nuestro Salvador y el Espíritu Santo nuestro guía.*

Solo al entender que Dios es *el origen de todo*, podemos comprender nuestro lugar en su propósito y diseño. Es en su presencia y bajo su guía que nuestro esfuerzo cobra sentido en nuestra vida y propósito. El Espíritu Santo nos hace un llamado a ver más allá de las apariencias temporales y conectarnos con el Creador de todas las cosas, nuestro Padre, donde todo comienza.

A través de los siguientes capítulos, exploraremos juntos cómo Dios actúa en cada aspecto de nuestra vida, revelando que detrás de cada éxito verdadero, de la transformación duradera que podemos lograr, el Espíritu de Dios es quien nos guía y sustenta nuestra vida.

Veremos cómo el camino hacia el verdadero éxito es muy diferente a lo que propone el mundo, es un sendero de humildad y convicción tomados de la mano del Padre. Este camino requiere que renunciemos a nuestra autosuficiencia, a las

ilusiones de poder y control que el mundo valora, para dejarnos moldear por *Su mano, como el alfarero que transforma la arcilla en una vasija útil.*

El propósito de este libro es sencillo, pero profundo: *que puedas entender y experimentar la presencia de Dios como la fuente inagotable de todo lo bueno y verdadero.* A través de la fe, la transformación espiritual, y una comunión íntima genuina con el Espíritu Santo, la lectura de este libro busca darte los principios y el entendimiento para acercarte a esa fuente de vida eterna. Si estás dispuesto a dar este paso, te invito a dejar atrás las ideas del mundo, y abrir tu corazón para recibir la paz y la plenitud que solo Dios puede dar.

Al emprender esta lectura, permítete reflexionar y cuestionar tus convicciones. Que este sea un viaje de descubrimiento hacia el origen de todo lo que somos y lo que anhelamos ser, que cada palabra en este libro sea una puerta que te acerque más a la presencia de Dios, en quien todo comienza y todo se complementa.



CAPÍTULO 1

LA FUENTE DE TODO

Colosenses 1:16-17

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.

Estamos inmersos en una cultura que define el éxito en términos tangibles y medibles: *logros académicos, posiciones de poder, popularidad, riqueza*. Se nos enseña que, para ser alguien en la vida, debemos sobresalir, acumular bienes y alcanzar reconocimiento.

Vivimos en un mundo que nos enseña a buscar dinero, éxito como parte del reconocimiento. Desde pequeños nos inculcan la idea de que, si conseguimos ciertas metas, finalmente seremos felices. Nos dicen “estudia, trabaja duro, consigue una buena casa, compra el auto de tus sueños y todo estará bien”. Esta búsqueda se convierte en el propósito central, miles de personas dedican

sus días a obtener cada vez más, creyendo que en esos logros hallarán plenitud. Y aunque muchos lo logran terminan preguntándose: “¿*Por qué sigo sintiéndome vacío?*”

Porqué la Biblia presenta una visión diametralmente opuesta. *El éxito no se mide en términos materiales*, ni reconocimiento humano, sino en el cumplimiento de la voluntad de Dios, en una vida de humildad y dependencia en Él.

La verdad es que podemos tenerlo todo según los estándares del mundo, pero si no tenemos a Dios, no tenemos nada. Dios es el origen de todo lo que realmente importa: *la vida, el amor, la paz y el propósito*. Él no solo nos creó, sino que nos sustenta, nos guía y nos da todo lo que necesitamos.

El éxito, tal como lo concibe el mundo, es un objetivo ambicioso y, en muchos casos, casi inalcanzable. Se nos dice que la felicidad depende de cuánto tenemos, de cuán alto llegamos, de cómo nos ven los demás. Es un ideal que continuamente nos exige más: *ingresos, reconocimiento, bienes*. Pero esta concepción de éxito es frágil y efímera. Está sujeta a las opiniones cambiantes, a la competencia, y al constante temor de perder lo que tanto costó conseguir.

Esta perspectiva se refleja en pasajes bíblicos como el de *Lucas 12:15*, donde Jesús advierte: *“Guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”*.

Hoy endía, esta enseñanza desafiá profundamente los valores de la sociedad moderna. Nos recuerda que la vida tiene un significado que trasciende lo material, nos invita a buscar un propósito más duradero y estable, anclado en Dios, no en lo que poseemos.

Conocí un joven que lo tenía todo en apariencia: *un buen trabajo, dinero suficiente para darse lujos y amigos que lo acompañaban a todas partes*. Pero un día, en la soledad de su hogar, sintió un vacío tan grande que las fiestas, el éxito laboral y las compras caras no podían llenar. *“Tenía todo lo que quería, pero me sentía solo y sin propósito”*, comentaba. Fue entonces cuando alguien le habló por primera vez de que Dios lo amaba y tenía un plan para su vida. El joven decidió entregarle su corazón a Dios, y aunque externamente su vida parecía la misma, todo cambió. *“Ese vacío desapareció, porque entendí que lo que me faltaba era Dios. Ahora vivo con propósito. Si tengo a Dios, no necesito más”*.

Dios como Fuente de Todo

Este testimonio nos muestra una gran verdad: *cuando ponemos a Dios en el centro de nuestra vida, todo lo demás encuentra su lugar*. No significa que no habrá problemas o desafíos, pero cuando entendemos que Dios es el origen de todo, podemos confiar en que Él suplirá nuestras necesidades y nos guiará en cada decisión que tomemos. Jesús mismo dijo en *Mateo 6:33*: *“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*. Aquí, Jesús nos recuerda que no debemos correr detrás del dinero, el reconocimiento o las preocupaciones diarias. Si ponemos a Dios en primer lugar, Él se encargará de lo demás.

La Biblia enseña que toda buena dádiva proviene de Dios, y que, sin Él, nada de lo que tenemos tendría sentido. *Santiago 1:17* dice: *“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación”*.

Esta afirmación no solo nos hace ver a Dios como el Creador de todas las cosas, sino también como el sostén, el Padre amoroso y generoso de todo aquel que ha creído en Él. Cuando entendemos que nuestro Padre es el origen de todo, nuestra

relación con el éxito cambia. Ya no buscamos reconocimiento para nuestro beneficio, sino que *deseamos que Dios sea glorificado en cada logro*, pues es Él quien nos da las habilidades y oportunidades. Esta perspectiva nos libera de la presión de lograr por mérito propio, permitiéndonos descansar en la gracia y providencia de Dios.

Es el Espíritu Santo quien potencializa nuestras habilidades, para lograr el propósito y los planes que Dios ha trazado para nosotros.

Jesús enfatizó la importancia de la humildad en diversas ocasiones, dijo que *“el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”*. La humildad es, en este sentido, la clave para experimentar el verdadero éxito, pues nos permite reconocer nuestra dependencia del Espíritu Santo. Dejamos de buscar validación en logros externos, comenzamos a valorarnos como hijos de Dios, amados y aceptados por Él.

A veces, el mayor obstáculo para reconocer a Dios como la fuente de todo es nuestro orgullo. Pensamos: *“Yo puedo solo, no necesito ayuda”*.

Pero el orgullo es engañoso porque nos hace creer que dependemos de nuestras propias fuerzas.

El mundo tiende a glorificar a aquellos que se promueven a sí mismos, pero la Biblia nos insta a hacer lo contrario: *ser siervos y honrar a Dios en lugar de a nosotros mismos. Jesús, quien siendo Dios, vino a servir y no a ser servido, nos da el ejemplo supremo de humildad (Filipenses 2:5-8).* Esto es un cambio radical, pues implica renunciar a la autosuficiencia, a los deseos personales y reconocer que dependemos completamente de Dios.

El orgullo es uno de los grandes obstáculos que nos alejan de Dios. Nos creemos autosuficientes y pensamos que somos los artífices de nuestro éxito, perdemos de vista al verdadero autor y sustentador de nuestra vida. *Proverbios 16:18* nos advierte: *“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”.* Destaca cómo el orgullo precede a la destrucción, pues aleja a las personas de la fuente de toda bendición, el Espíritu Santo, Dios.

Un ejemplo claro es el de un agricultor. Puede sembrar, trabajar la tierra y hacer todo lo humanamente posible para cuidar sus cultivos, pero no puede controlar el sol ni la lluvia. Al final, la cosecha depende de factores que él no controla. Así es nuestra vida. Podemos esforzarnos al

máximo, pero hay cosas que solo Dios puede hacer. Él es el origen de toda provisión, toda bendición y toda paz. La dependencia en Dios es una postura de humildad que nos mantiene en comunión con Él. *Dependemos de su guía, fortaleza y sabiduría en cada aspecto de nuestra vida.* Cuando entendemos que cada logro es un regalo de Dios, nuestra respuesta natural es la gratitud, amor, no el orgullo. Al reconocer nuestra dependencia de Dios, también reconocemos nuestra responsabilidad de administrar nuestras bendiciones y todo aquello que recibimos del Padre, conforme a su voluntad pensando siempre en darle gloria.

La Recompensa

La Biblia nos asegura que Dios exalta a los humildes y a los que dependen de Él. *Santiago 4:10* nos dice: *“Humillaos delante del Señor, y él os exaltará”*. Este tipo de éxito es diferente al que ofrece el mundo, pues no está basado en lo temporal, sino en lo eterno.

Si nos acercamos a Dios en humildad y dependencia, nos da sabiduría, propósito, vida en plenitud y significativa. Este éxito no siempre puede ser visible ante los ojos del mundo, pero es inquebrantable. No depende de las circunstancias

ni de las opiniones ajenas, esto depende de cuan obedientes somos a su Palabra.

Reflexionemos sobre nuestras prioridades y el verdadero significado del éxito. Mientras que el mundo nos enseña a buscar logros materiales y reconocimiento personal, Dios nos llama a la humildad, a depender del Espíritu Santo, para encontrar nuestro propósito en su presencia.

La verdadera plenitud no se encuentra en las posesiones ni en la fama, sino en una relación íntima y genuina con Dios. La vida está llena de búsquedas: trabajo, éxito, relaciones, estabilidad. Pero al final, Dios es el origen de todo lo que realmente importa. Si lo tienes a Él, no importa lo que te falte, porque su amor, provisión y su propósito llenan todo vacío. Así que deja de correr detrás de lo que no satisface y comienza a buscar al único que puede llenar tu vida por completo: *Dios, tu fuente y tu origen.*

La dependencia de Dios transforma cada aspecto de nuestra vida, llevándonos a una experiencia de éxito y satisfacción que el mundo no puede ofrecer.

A dynamic, high-speed photograph of water splashing, creating a complex, branching pattern of droplets and streams in shades of light blue and white against a pale background.

CAPÍTULO 2

LA NATURALEZA DEL PECADO

Jeremías 18:6

¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? Dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel.

A veces sentimos que llevamos un peso encima que no podemos explicar. Esa sensación de culpa, insatisfacción o constante lucha interna es más común de lo que pensamos.

La vida cristiana es un viaje de transformación continua. Desde el momento en que aceptamos a Cristo, comienza un proceso en el que el Espíritu Santo trabaja en nuestra vida, para moldearnos a la imagen de Cristo, quitando de nosotros todo aquello que nos aleja de Dios.

Este proceso no siempre es cómodo. Como *un alfarero que da forma al barro, nos moldea a través de situaciones, pruebas y disciplinas,* permitiéndonos experimentar un cambio profundo y duradero. Como vemos en Jeremías

18:6, Dios declara que como el barro en manos del alfarero, así nosotros somos en sus manos. Muestra la disposición de Dios para transformarnos, pero también su autoridad para llevarnos por un proceso que incluye la remoción de nuestras imperfecciones. La Biblia lo llama pecado. El pecado no es solo hacer cosas malas; es una condición que nos separa de Dios, el origen de todo lo bueno. Es como cargar una mochila llena de piedras que nos limita y nos impide caminar hacia donde debemos ir.

El pecado, en su esencia, nos aparta de Dios y distorsiona nuestra naturaleza original. La Biblia enseña *que todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23)*, y *este pecado actúa en nosotros como una “joroba espiritual”*, una carga invisible y constante que limita nuestra libertad y crecimiento.

Esta joroba representa las áreas de nuestra vida que están torcidas y deformadas por el pecado. La joroba física afecta la postura y el movimiento de una persona, *el pecado afecta nuestra vida espiritual*, impidiéndonos caminar rectamente en el propósito de Dios.

Martín es un ejemplo de esto. Desde joven, llevaba una vida desordenada, llena de adicciones

y malas decisiones. “*Sabía que estaba mal, pero sentía que no podía cambiar*”, decía. Esa joroba de pecado lo mantenía atrapado, sin esperanza y sin dirección. Todo cambió cuando una amiga le habló de Dios y de cómo su Palabra puede transformar vidas. Martín decidió buscar a Dios, y aunque el proceso no fue inmediato, sintió cómo el peso que llevaba comenzó a desaparecer. Comentaba: “*era como si Dios estuviera quitando cada piedra de mi mochila, una por una*”. Hoy, Martín es un hombre diferente, libre del pasado que lo ataba.

El pecado es así: nos deforma, nos carga y nos hace creer que no hay salida. Pero Dios no nos deja solos en esa condición. Él quiere liberarnos, quitarnos esa “joroba” y transformarnos en algo nuevo.

Cuando el pecado no es tratado, se convierte en una parte intrínseca de nuestra identidad, afectando la manera en que nos vemos a nosotros mismos y cómo otros nos perciben. Esta carga *nos aleja de la voluntad de Dios y nos esclaviza a patrones destructivos de conducta*. Así que, vivir con pecado no solo trae dolor, sino también nos priva de experimentar la paz y la libertad que Dios desea para nosotros. En *Hebreos 12:1*, se nos

invita a *“despojarnos de todo peso y del pecado que nos asedia”* para correr la carrera que tenemos por delante. Este llamado implica la necesidad de tratar el pecado como un obstáculo y una carga que necesitamos dejar atrás.

Un proceso necesario

La transformación espiritual no ocurre de la noche a la mañana. Cambiar no siempre es fácil. Dejar el pecado puede ser como una cirugía: incómoda, incluso dolorosa, pero absolutamente necesaria para sanar. La palabra de Dios actúa como un bisturí espiritual, cortando aquello que nos está destruyendo. *Hebreos 4:12* lo dice claramente: *“La palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos”*.

Este proceso de transformación, aunque vital, es a menudo doloroso. Dios, en su amor, confronta nuestras fallas, a causa de esto, muchas veces nos expone a situaciones que revelan las áreas que necesitan ser transformadas, Él que es el origen de todo busca que seamos conformado a su imagen.

El dolor que sentimos durante este proceso es una señal de que algo profundo está siendo purificado y moldeado en nosotros. El libro de Hebreos describe este proceso como una

disciplina amorosa de Dios, quien *“nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad”*, para así alcanzar su propósito. La disciplina y el dolor no son castigos, sino cosas que Dios utiliza para cortar aquellas partes de nosotros que nos atan al pecado y nos impiden reflejar Su santidad.

Hay muchos testimonios del proceso que vivimos cuando le damos lugar al Espíritu Santo en nuestra vida. Un día una madre joven, decía que solía luchar con su temperamento, era explosiva, decía cosas de las que después se arrepentía. Sus hijos y su esposo sufrían por su carácter. Un día, mientras leía la Biblia, sintió que Dios le mostraba su necesidad de cambiar. Fue doloroso darse cuenta de cuánto estaba afectando a su familia, pero también fue liberador. Con oración y dedicación, permitió que Dios comenzara a trabajar en su vida. Hoy, dice que aunque no es perfecta, su hogar es un lugar de paz. Dios nos moldea día a día. Sé que su obra en mí no ha terminado.

El proceso de transformación divina puede ser desafiante. Implica enfrentar nuestros errores, arrepentirnos y permitir que Dios nos moldee, pero el resultado vale cada momento de incomodidad.

Rendición

Aceptar este proceso de transformación requiere humildad y sumisión. Dios, como el alfarero, puede trabajar en nosotros solo cuando nos rendimos a su voluntad. Tal entrega significa confiar en que su plan para nosotros es bueno y que su propósito es hacernos más semejantes a Cristo. Es permitir que rompa las partes endurecidas de nuestro corazón y quite los “escombros” del pecado, aún cuando esto implique dolor por el desapego. Esta rendición es un acto de fe.

La Biblia nos invita a confiar en Dios aun cuando el proceso nos desafíe o incomode. *Isaías 64:8* nos recuerda que *“Él es nuestro Padre; nosotros barro, y el nos forma”*. Al recordar que somos barro en su manos, podemos tener la certeza de que sabe lo que hace y que su obra en nosotros es para nuestro bien. *Nuestra responsabilidad es estar dispuestos a que nos moldee, confiando en que el resultado final será hermoso y nos acercará más a su presencia.*

La transformación espiritual no es un fin en sí mismo. El Espíritu Santo nos moldea y transforma para hacernos útiles en su reino, para reflejar su gloria y llevar su mensaje al mundo. Al final de este proceso, el pecado ya no es una carga

ni una joroba que llevamos a cuestras, sino que se convierte en un testimonio de gracia y del poder de Dios en nosotros.

Así, lo que una vez *nos ataba y deformaba se convierte en un recordatorio de la redención y restauración que solo Dios puede traer. Efesios 2:10* declara que *“somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras”*. Una visión clara del propósito final de Dios: *transformados por el Espíritu Santo para que cumplamos los planes en esta tierra y vivamos en la plenitud del amor del Padre.*

Cuando nos sometemos al proceso de transformación, dejamos de vivir para nosotros mismos y comenzamos a vivir para su gloria, como vasijas limpias, preparadas para llevar el evangelio, siendo testimonio de lo que el Creador de todas las cosas puede hacer en nosotros.

La naturaleza del pecado es destructiva y esclavizante, pero la naturaleza de Dios es restauradora y transformadora. Así como el alfarero trabaja con paciencia y precisión, Dios nos moldea, rompiendo y rehaciendo las áreas de nuestra vida que necesitan ser renovadas.

La metáfora de la joroba y el barro nos enseña que todos cargamos con defectos y pecados, pero que

en las manos de Dios estos pueden ser quitados o transformados para que vivamos en libertad y pureza.

Este proceso es un acto de amor de un Padre que desea lo mejor para sus hijos, si nosotros le amamos de manera incondicional, Él como buen alfarero, no se dará por vencido hasta perfeccionar a sus hijos.

Dios transforma nuestra vida, no solo elimina el pecado, sino que nos da un nuevo propósito. Pasamos de ser vasijas rotas a ser recipientes llenos de Su amor, listos para llevar esperanza y bendición a otros.

Piensa en esto: una vasija rota no puede retener nada; se filtra y se vacía. Pero cuando el alfarero la repara, se convierte en algo útil. Así es con nosotros. Dios nos restaura, no solo nos libera del peso del pecado, sino que nos llena con su amor y su propósito.

El poder transformador de Dios corta el pecado, moldea sus vasijas para reflejar su poder y gloria.



CAPÍTULO 3

CAMINO DE CONVICCIÓN

Romanos 12:22

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.

En la vida, todos enfrentamos decisiones difíciles. Muchas veces, nuestras emociones quieren dictar nuestras acciones: haz esto porque te hace sentir bien, o toma el camino fácil, no importa si no es correcto. Sin embargo, *si vivimos solo basados en emociones, terminamos en un constante sube y baja*, sin dirección clara. Dios nos llama a algo mejor: un camino de convicción y principios firmes, donde nuestras decisiones no dependen de cómo nos sentimos, sino de quién es Él y de lo que su Palabra dice.

Jesús mismo advirtió sobre la naturaleza de este camino en *Mateo 7:13-14*, “*Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición... angosta es la puerta, y estrecho el camino que lleva a la vida*”. Como podemos ver es importante vivir según

principios sólidos, desarrollar una fe que no depende de las emociones, sino de convicciones firmes.

Vivimos en una sociedad que constantemente nos impulsa a tomar decisiones basadas en cómo nos sentimos.

Las emociones son como el clima: *cambian todo el tiempo*. Un día podemos sentirnos motivados y listos para conquistar el mundo, pero al siguiente, estamos desanimados y queremos rendirnos. Muchos de nosotros sabemos bien lo que es esto. Algunos solíamos tomar decisiones basadas en cómo nos sentíamos. “Si algo me hace feliz en el momento, lo hago, pero después me arrepiento”. Esto nos lleva a una serie de malas decisiones que afectan nuestra vida familiar y financiera.

La convicción, por otro lado, es una decisión firme, una resolución que va más allá de lo que sentimos en un momento determinado. Tener convicción significa *estar arraigados en una verdad que no cambia, sin importar las circunstancias o emociones del momento*.

Dios nos llama a vivir según Su verdad, no según la opinión del mundo ni los impulsos del momento. Romanos 12:2 nos exhorta a no conformarnos a este siglo, sino a ser transformados por medio de

la renovación de nuestra mente. Esto significa que debemos decidirnos a vivir de acuerdo con principios eternos, aunque no siempre sean fáciles.

Seguir a Cristo significa elegir el camino menos transitado, el de los principios y valores eternos, que muchas veces va en contra de lo que el mundo considera correcto o aceptable. En lugar de conformarnos a los estándares y valores cambiantes de la cultura actual, la Biblia nos llama a *“no conformarnos a este siglo, sino a transformarnos por medio de la renovación de nuestro entendimiento”* (Romanos 12:2). Esta transformación implica vivir de acuerdo con *los principios de Dios, que son constantes y confiables*.

Vivir según su Palabra es comprometerse a hacer lo correcto, independientemente de la presión externa o de cómo nos sintamos. Decidir, por ejemplo, actuar con integridad cuando nadie nos ve, perdonar cuando sentimos resentimiento, y confiar en Dios en medio de la adversidad.

Esto no significa que no enfrentaremos desafíos. De hecho, el camino angosto a menudo es difícil porque va contra corriente. Pero cuando estamos anclados en Dios, podemos enfrentar cualquier situación.

Las dificultades son inevitables, y en esos momentos, las emociones suelen tambalearse. Pero es precisamente en estas circunstancias que nuestras convicciones se fortalecen y se ponen a prueba. *Santiago 1:2-4* nos dice: *“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia”*. Esta paciencia es el resultado de una convicción que no se desmorona ante el primer obstáculo, sino que se mantiene firme en la fe.

Dios utiliza las pruebas no para debilitarnos, sino *para que crezcamos en carácter y madurez espiritual*. Es a través de estas experiencias que nuestra fe se solidifica, ya que cada dificultad enfrentada con convicción nos enseña a depender más del Espíritu Santo y a confiar en su fidelidad. Las pruebas nos permiten ver la diferencia entre las emociones y la verdadera convicción, ayudándonos a elegir siempre el camino de la fe.

Determinación Inquebrantable

Jesús, en la parábola del hombre prudente (Mateo 7:24-27), comparó la vida del creyente a una casa construida sobre la roca, que permanece firme a pesar de las tormentas. Esta roca representa una fe cimentada en principios y convicciones que no

cambian, incluso cuando las circunstancias son adversas. *Una fe que se mantiene firme porque está basada en la Palabra de Dios y no en nuestras emociones, sabiendo que el Padre quiere lo mejor para sus hijos.*

Construir sobre la roca significa tomar decisiones que reflejen nuestro compromiso con Dios. Cada acto de obediencia y cada decisión basada en principios refuerza nuestra convicción y nos ayuda a edificar una vida estable y segura. Una fe inquebrantable no es el resultado de emociones fuertes, sino de una determinación constante de seguir a Dios, aun cuando no lo entendamos todo o cuando los vientos de la duda intentan sacudirnos, confiar en Aquel que lo a creado todo es la mayor garantía de que seremos bendecidos.

La Recompensa

La vida en Cristo requiere una convicción firme, pero las recompensas de caminar en este camino angosto son incomparables. *Jesús promete que a quienes eligen este camino angosto encontrarán la vida.* Una vida construida sobre convicciones y principios firmes no solo es estable, sino que también es una vida llena de propósito y satisfacción. La fidelidad de Dios acompaña a quienes caminan en su verdad, la recompensa de

una vida fundamentada en Él es evidente, supera todo entendimiento, así como la certeza de que estamos en el camino correcto.

El apóstol Pablo lo entendió cuando dijo: *“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7)*. Estas palabras son un testimonio de una vida de convicción, una vida que no fue fácil, pero que valió la pena porque estuvo basada en principios eternos. Este es el tipo de vida al que todos somos llamados: *una vida que, al final, podemos presentar con satisfacción ante Dios, sabiendo que hemos sido fieles.*

Cuando amamos desinteresadamente somos recompensados, por ejemplo cuando un padre es amado por sus hijos, éste les da sin que ellos pidan y sin medida, porque se siente amado y valorado por lo que es, no por lo que puede dar. Dios, nuestro Padre nos da a manos llenas cuando le mostramos nuestro amor desinteresadamente, simplemente por lo que Él es en nuestra vida.

El camino de convicción y principios es una senda angosta que exige firmeza y determinación. Mientras que el mundo nos empuja a vivir según nuestras emociones y deseos temporales, Dios nos llama a construir una vida basada en

su verdad, una vida que no se mueve con cada cambio de circunstancias. Al vivir de esta manera, desarrollamos una fe que no se derrumba ante las dificultades, sino que permanece firme y el amor se mantiene, aun a pesar de las circunstancias, porque el Espíritu Santo es quien nos acompaña.

Caminar con convicción es confiar en que, aunque el camino es difícil, Dios siempre estará contigo. Y si lo tienes a Él, lo tienes todo.

The background of the page is a dynamic, abstract splash of water in various shades of blue, ranging from light sky blue to deep navy blue. The water appears to be moving upwards and outwards from the center, creating a sense of energy and movement. The texture of the water is detailed with many small droplets and larger, flowing streams.

CAPÍTULO 4

LA REALIDAD DEL

MUNDO ESPIRITUAL

2Corintios 4:18

“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

Hay una verdad que a veces olvidamos: *todo lo que ocurre en el mundo físico tiene su origen en el mundo espiritual*. Vivimos en un mundo donde lo tangible parece ser lo único que importa, pero la Biblia nos enseña que lo espiritual es más real y duradero que lo material. En *2 Corintios 4:18*, Pablo dice: *No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*.

Lo que vemos —nuestros problemas, necesidades o incluso nuestras bendiciones— son solo el resultado de algo que comenzó en el ámbito espiritual. Por eso, si queremos cambios verdaderos y duraderos, debemos buscar a Dios, quien es el origen de todo.

La Biblia enseña que lo espiritual precede a lo físico, y que lo que ocurre en el ámbito espiritual afecta profundamente nuestra vida en el ámbito material.

En *Efesios 6:12*, el apóstol Pablo dice: *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo.”* Esto nos recuerda que nuestras verdaderas batallas, bendiciones y transformaciones comienzan en el mundo espiritual antes de manifestarse en el mundo físico.

¿Alguna vez has sentido que, aunque haces todo lo posible por solucionar un problema, las cosas no cambian? Lo espiritual es una realidad y debemos vivir conscientes de que todo cambio verdadero se gestiona en lo invisible, en comunión con Dios e intimidad con el Espíritu Santo, nuestro ayudador.

Un hombre empresario, enfrentaba problemas constantes en su negocio. Los clientes cancelaban contratos sin razón aparente, los empleados estaban desmotivados, y él sentía que todo iba mal. Un amigo le dijo: Ora por tu negocio, porque esta batalla no es solo natural. Al principio le pareció extraño al empresario, pero lo hizo. Comenzó a

orar por su negocio todos los días, pidiéndole a Dios que tomara el control. Poco a poco, las cosas cambiaron: llegaron nuevos clientes, el ambiente laboral mejoró y él tuvo paz. Se dio cuenta de que la lucha no era solo financiera, sino espiritual. Y cuando dejó que Dios peleara por él todo cambió.

El mundo espiritual es, en muchos sentidos, la fuente de todo lo que experimentamos en el ámbito físico. En *2 Corintios 4:18*, Pablo nos instruye: *“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”*. Nos invita a fijar nuestra mirada en lo eterno, en lo que no se percibe con los sentidos, pero que tiene un impacto profundo en nuestra vida.

Muchos creen que lo visible es lo más importante porque parece más real. Sin embargo, *la Biblia nos enseña que lo que vemos es temporal y efímero, mientras que lo espiritual es duradero y tiene efectos permanentes*. Esto no significa que debamos temer, sino que debemos estar conscientes de que nuestras batallas tienen una dimensión espiritual. Por ejemplo, si enfrentas ansiedad, problemas financieros o conflictos familiares, no son solo situaciones terrenales. Hay

fuerzas espirituales que intentan desanimarte, distraerte o alejarte de Dios. Pero también está el poder de Dios, que es mucho mayor, listo para intervenir si lo buscamos en oración y con fe.

La fe es el medio por el cual conectamos el ámbito espiritual con el físico. En *Hebreos 11:1* leemos: *“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*. La fe nos permite esperar y creer en cosas que aún no son visibles en el mundo físico, pero que sabemos existen en el ámbito espiritual. A través de la fe, podemos recibir y experimentar las promesas de Dios antes de que se manifiesten plenamente en nuestra realidad.

Vivir por fe significa confiar en que lo que Dios ha dicho sobre nuestra vida es real y verdadero, aun cuando todavía no lo veamos. Este tipo de fe nos da la capacidad de esperar y de permanecer firmes en oración, aun cuando los resultados tardan en llegar. La fe es el fundamento de nuestra relación con Dios, y es el canal a través del cual las bendiciones espirituales se concretan en el plano físico.

La Gestación Espiritual

En el mundo natural, todo proceso de vida comienza con una semilla, y después de un

periodo de gestación o de crecimiento, da fruto. Este mismo principio aplica en el mundo espiritual: los cambios y bendiciones duraderos en nuestra vida son el resultado de una *“siembra espiritual”* que Dios gesta en lo invisible.

Jesús enseñó este principio cuando habló del Reino de Dios en términos de una semilla que crece y da fruto. Una planta comienza como una semilla; un bebé pasa meses en el vientre antes de nacer. De la misma manera, las bendiciones y cambios duraderos en nuestra vida tienen un proceso espiritual antes de manifestarse en lo físico. Nuestras oraciones son como semillas plantadas en el ámbito espiritual que, con el tiempo, darán fruto en el mundo físico.

Este periodo de gestación espiritual es esencial. Aunque no vemos resultados inmediatos, Dios está trabajando en nosotros y en nuestras circunstancias. Nuestra responsabilidad es regar esa semilla con fe, oración y obediencia, confiando en que Dios cumplirá su palabra en su tiempo. *Isaías 55:11* nos asegura que la Palabra de Dios *“no volverá vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”*. Este pasaje reafirma que toda promesa que Dios ha dado está en proceso de cumplirse y que

la manifestación visible de sus promesas es solo cuestión de tiempo.

Para ver cambios en lo visible, debemos buscar a Dios en lo invisible. La Biblia también nos muestra que el ámbito espiritual es un lugar de constante batalla. *Efesios 6:12 nos recuerda que nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra fuerzas espirituales de maldad.*

Estas fuerzas se oponen a los planes de Dios y buscan impedir que las promesas y bendiciones se cumplan en nuestra vida. Reconocer esta lucha es importante para entender por qué, a veces, enfrentamos resistencia cuando buscamos acercarnos a Dios o vivir en su propósito.

Cuando priorizamos a Dios en oración, adoración y obediencia, conectamos con el ámbito espiritual donde Él actúa. Luchar requiere de nosotros una vida de oración constante y una búsqueda intencional de la presencia de Dios.

La oración y la adoración son nuestras armas, y a través de ellas podemos acceder al poder y la protección de Dios para enfrentar cualquier obstáculo espiritual. No estamos solos en esta batalla; Dios pelea por nosotros y nos fortalece en la lucha, pero nos llama a participar activamente, intercediendo y orando para que su voluntad se

cumpla en nuestra vida y en nuestro entorno. Para que nuestras vidas cambien realmente, *debemos buscar a Dios en espíritu y en verdad*. En su presencia, encontramos la fortaleza, la guía y sabiduría que necesitamos para vivir según su voluntad. Jesús enseñó que el Reino de Dios está en el espíritu, y que aquellos que lo buscan en su presencia recibirán todo lo necesario para vivir una vida plena y abundante.

En *Mateo 6:33*, Jesús declara: *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*.

La oración es nuestra conexión directa con el mundo espiritual. Es donde le pedimos a Dios que actúe, pero también donde aprendemos a escuchar Su voz. La fe, por su parte, es el puente entre lo que no vemos y lo que esperamos. Como dice Hebreos 11:1, la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Lo que se nos pide es vivir en fe, en oración y obediencia a Dios, confiando en que tiene control sobre toda situación y que sus planes se cumplirán en nuestro favor.

El mundo espiritual es real y afecta todo lo que ocurre en nuestra vida. Cuando entendemos que Dios es el origen de todo y buscamos Su

dirección, podemos enfrentar cualquier situación con fe y esperanza.

Este capítulo nos invita a priorizar lo invisible sobre lo visible, reconociendo que las batallas, las bendiciones y los cambios verdaderos comienzan en el ámbito espiritual. Al buscar a Dios en oración y confiar en Su tiempo, nos conectamos con su poder transformador, y lo que Él inicia en lo invisible se manifestará en nuestra vida.

Profundiza en tu relación con Dios, fortalece tu fe y vive cada día en la certeza de que Dios está obrando en lo invisible para transformar tu vida en lo visible.



CAPÍTULO 5

LA PRESENCIA DE DIOS

Éxodo 33:14

“Y Él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”.

¿Alguna vez has sentido que algo falta, incluso cuando todo parece estar en orden? Puedes tener éxito, familia y salud, pero aún así sentir un vacío. Ese espacio solo puede llenarlo Dios. Su presencia no es un complemento; es el centro de una vida plena. Es ahí donde encontramos fortaleza y propósito.

La Biblia enseña que en su presencia hay plenitud de gozo y descanso para el alma, como lo expresa el salmista en *Salmos 16:11*: *“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo”*. Si queremos ganar necesitamos cultivar una relación cercana con Dios, vivir en santidad para ser transformados y ver sus promesas cumplidas, y su propósito en nosotros. Las circunstancias en su presencia son cambiadas.

La vida en Dios no es simplemente una creencia,

sino una relación viva y continua. Jesús, en *Juan 15:5*, utiliza la metáfora de la vid y los pámpanos para describir esta relación: *“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”*.

Así como una rama depende de la vid para recibir nutrientes y dar fruto, los creyentes dependemos de nuestra conexión con Dios para llevar una vida plena y fructífera.

Cultivar una relación con Dios implica pasar tiempo en oración, meditar en su palabra y vivir de acuerdo a su voluntad. La presencia de Dios no es algo reservado para momentos específicos, como un culto o una oración en la iglesia. Es un regalo que podemos experimentar todos los días, en cada lugar. Su presencia transforma, restaura y guía nuestra vida de manera que no podemos lograr por nuestra cuenta.

Un Camino de Santidad

Para experimentar la plenitud de la presencia de Dios, la santidad es esencial. En *Éxodo 33:14*, Dios le promete a Moisés: *“Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”*. Este descanso y paz solo se experimentan cuando vivimos en integridad. La

santidad no es perfección humana, sino una vida apartada para Dios, una vida en la que buscamos reflejar su carácter en nuestras acciones y pensamientos. Ser santo es permitir que Dios transforme nuestras actitudes, pensamientos; alejándonos de todo aquello que nos separa de su presencia. *La Biblia nos llama a ser santos porque Dios es santo*, vivir en santidad es vivir conforme a los principios de Dios, lo cual nos permite acercarnos con confianza al trono de misericordia.

Cada uno de nosotros aprendemos de una forma muy personal. En ocasiones tenemos días en los que todo sentimos que todo se nos viene encima: trabajo, hijos, cuentas por pagar. Hay noches en las que lloramos porque no vemos una salida. Sin embargo, un día, mientras escuchamos una canción que habla de descansar en Dios, somos iluminados para orar de verdad, sin pretensiones, solo desde el corazón. En ese momento debemos ser honestos con Dios, decirle ya no puedo más. Necesito que me ayudes. Viene el Espíritu Santo a reconfortarnos, su presencia nos inundará de tal manera que los problemas los veremos de manera distinta, experimentaremos paz, confiando en que Dios hará grandes cosas.

Cuando confiamos en Dios y hacemos de Su presencia nuestro refugio, algo cambia. No significa que los problemas desaparecen mágicamente, pero sí que tenemos a alguien que nos sostiene en medio de ellos. Como le prometió a Moisés en *Éxodo 33:14*: *“Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”*.

Al buscar la santidad, estamos eligiendo vivir de una manera agradable a Dios, y esto abre la puerta para que su presencia se manifieste poderosamente en nuestra vida. *Es un llamado a apartarnos del pecado y a consagrarnos para Él*, sabiendo que nuestra verdadera satisfacción y propósito están en estar cerca del Padre.

Dios no quiere que lo busquemos solo en momentos de necesidad. Su deseo es caminar con nosotros todos los días. Imagina un celular sin batería: por más avanzado que sea, si no está conectado a una fuente de energía, no funciona. Así somos nosotros sin Dios. Necesitamos estar conectados a Él para tener fuerzas y propósito.

Cuando vivimos en comunión con Él, su favor se derrama sobre nosotros de manera visible e invisible. *La Biblia muestra que Dios bendice a aquellos que buscan su rostro* y que el resultado de vivir en su presencia es una vida de plenitud y

gozo. Las bendiciones que vienen de la presencia de Dios no siempre son materiales; muchas veces, se manifiestan en una paz inquebrantable, una alegría indescriptible y una fortaleza que sobrepasa todo entendimiento. *Estas bendiciones no dependen de las circunstancias externas, sino de una relación sólida con el Creador.*

Cuando vivimos en su presencia, nos volvemos más conscientes de su dirección y de su voluntad, esto nos permite tomar decisiones que traen prosperidad, bienestar a nuestra vida y a la de quienes nos rodean.

Cuando hacemos de la presencia de Dios nuestra prioridad, todo cambia. No solo encontramos paz, sino que nuestras prioridades, pensamientos y decisiones comienzan a alinearse con Su voluntad.

Marta, una empresaria, enfrentó una crisis financiera que parecía no tener solución. Había hecho todo lo humanamente posible, pero las cosas no mejoraban. Un día, mientras leía la Biblia, encontró *Mateo 6:33: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*. Entonces decidió cambiar su enfoque.

En lugar de preocuparse, empezó a buscar más a Dios. Con el tiempo, no solo sus finanzas mejoraron, sino que encontró un propósito más grande en lo que hacía.

La transformación que experimentamos en la presencia de Dios es continua y progresiva. Al vivir cada día en comunión con Él, nuestra vida se alinea cada vez más con Su propósito, y Su poder se hace evidente en nosotros. Esta transformación no ocurre por esfuerzo propio, sino por el poder del Espíritu Santo que obra en nosotros. Esto significa que, a medida que pasamos tiempo en Su presencia, Dios va perfeccionando nuestro carácter, para parecernos cada vez más a Jesús.

Su presencia, no es algo que experimentamos una sola vez; es una relación que requiere ser cultivada. Jesús nos enseñó a buscar primero el Reino de Dios y su justicia, prometiendo que todo lo demás vendría como añadidura.

Buscar a Dios diariamente nos ayuda a mantener nuestra fe firme y nos da la fuerza para enfrentar los desafíos. Cuando priorizamos Su presencia, todo lo demás encuentra su lugar. Si empezamos nuestro día en su presencia, recibimos una perspectiva nueva y un propósito renovado. No importa lo que enfrentemos, sabemos que Dios

está con nosotros. La práctica de buscar a Dios renueva nuestra mente, fortalece nuestro espíritu y nos permite vivir confiados, sabiendo que está en control.

La presencia de Dios es ***el origen*** de toda fortaleza y propósito. Al buscar su rostro y vivir en comunión con Él, encontramos una satisfacción que nada ni nadie puede dar. No importa las circunstancias, Su presencia transforma nuestro interior, bendice nuestras decisiones y alinea nuestras vidas con Su propósito eterno.

*Busca a Dios cada día, haz de Su presencia tu
refugio, y recuerda que si lo tienes a Él,
lo tienes todo.*



CAPÍTULO 6

SABOTAJES ESPIRITUALES

1Pedro 5:8

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”.

Dios tiene promesas y planes maravillosos para cada uno de nosotros, pero ser cristiano no significa que todo será fácil. De hecho, muchas veces, cuando Dios declara algo sobre nuestra vida, enfrentamos resistencia. Esta resistencia puede venir de problemas externos, como las dificultades de la vida, pero también de ataques espirituales que intentan desanimarnos y desviarnos del propósito que Él tiene para nosotros.

Jesús lo explicó claramente en la parábola del sembrador, advirtiéndolo que las semillas de la Palabra enfrentan diferentes obstáculos que pueden impedir su crecimiento. Distracción, desaliento y duda son algunas de las herramientas más comunes que el enemigo usa para sabotear

nuestra fe. Nuestro desafío como creyentes es reconocer estas trampas y resistirlas con firmeza, confiando en que Dios es fiel para cumplir sus promesas.

Los obstáculos espirituales que enfrentamos a menudo se manifiestan como distracción, desaliento y duda. En *Mateo 13:19-22*, Jesús explica que los diferentes tipos de terreno en la parábola del sembrador representan los diferentes obstáculos que enfrenta la Palabra de Dios en nuestro corazón: *el terreno pedregoso y lleno de espinos simboliza cómo las preocupaciones, los afanes del mundo y las pruebas pueden sofocar el crecimiento espiritual.*

La distracción, en particular, es una de las estrategias más efectivas del enemigo. Si logra que perdamos el enfoque en Dios y en sus promesas, comenzamos a confiar en nuestras propias fuerzas y a desviarnos del camino. Un joven emprendedor, cuenta cómo la búsqueda constante de éxito lo alejó de su tiempo con Dios. Estaba tan enfocado en sus metas que olvidó orar y leer la Biblia. Su vida comenzó a sentirse vacía, y no entendía por qué. Fue hasta que decidió retomar su relación con Dios que recuperó la paz y la claridad en sus decisiones.

El desaliento, surge cuando enfrentamos pruebas y sentimos que las promesas de Dios tardan en cumplirse. Una mujer que enfrentó años de infertilidad, confiesa que hubo momentos en los que quiso rendirse. Oraba y no veía resultados. Se preguntaba si Dios realmente había escuchado sus oraciones. Pero al seguir orando y confiando, finalmente vio cómo Dios cumplió su promesa en el tiempo perfecto.

El terreno fértil para las mentiras del enemigo es la duda. Cuando dejamos que la duda entre, comenzamos a cuestionar la fidelidad de Dios. En Mateo 13:19-22, Jesús advierte que los afanes del mundo y las pruebas pueden sofocar nuestra fe, como los espinos que ahogan la semilla. Sin embargo, cuando confiamos en Dios, incluso en medio de la incertidumbre, nuestra fe crece y se fortalece.

La Biblia nos exhorta a estar vigilantes y a no ignorar las estrategias del enemigo. En *1 Pedro 5:8*, se nos advierte: *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”*. Esto no significa que vivamos con miedo, sino que aprendamos a reconocer cuándo una situación o pensamiento está siendo usado *para desviarnos*

de las promesas de Dios. Los ataques espirituales son constantes, y la única manera de resistirlos es estar alertas y conscientes de su existencia.

Reconocer que el enemigo buscará sabotear nuestro avance espiritual nos prepara para enfrentar sus ataques con firmeza. La vigilancia implica oración constante, discernimiento y una dependencia continua de la dirección del Espíritu Santo.

Debemos estar conscientes de que no todos los obstáculos provienen de causas visibles; algunos son ataques directos del enemigo en el ámbito espiritual. *Al mantenernos alertas, podemos reconocer cuándo un pensamiento o situación está siendo utilizado para alejarnos de las promesas de Dios.*

Para resistir los ataques y mantenernos firmes en la fe, Dios nos ha dado herramientas poderosas. En *2 Corintios 10:4-5*, Pablo declara: *“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas”*. Estas armas espirituales incluyen la oración, la Palabra de Dios, la fe y el Espíritu Santo, que nos fortalece y guía en cada batalla.

La oración es una de nuestras armas más fuertes. A través de la oración, podemos clamar a Dios y

recibir su fortaleza para enfrentar los desafíos. La Palabra de Dios, por su parte, es la espada del Espíritu que nos ayuda a derribar mentiras y a mantenernos firmes en la verdad. Memorizar y meditar las Escrituras fortalece nuestra mente y nos da claridad cuando enfrentamos confusión o duda. *La fe también es esencial, pues es el escudo que apaga los dardos de fuego del enemigo (Efesios 6:16).* La fe nos permite confiar en Dios aun cuando las circunstancias nos empujan a dudar.

Perseverar en Fe

Los obstáculos y ataques del enemigo tienen un objetivo claro: *desanimarnos y hacer que abandonemos la misión que nos ha dado.* La persistencia en la fe es, por lo tanto, esencial para evitar abortar los planes de Dios en nuestra vida. En muchas ocasiones, los creyentes enfrentan períodos de desierto o pruebas donde sienten que las promesas de Dios están lejos de cumplirse. Es en esos momentos cuando nuestra fe es puesta a prueba y debemos mantenernos firmes.

Una persona enfrentaba constantes conflictos familiares, pensaba que todo era culpa de las circunstancias, pero un día, orando, sintió que Dios le decía que esto era un ataque para desanimarla. Al reconocer el origen del problema,

comenzó a orar específicamente contra ese ataque y a reclamar las promesas de Dios sobre su hogar. La vigilancia espiritual nos ayuda a identificar los sabotajes del enemigo y a responder con fe y oración.

La perseverancia espiritual implica confiar en que Dios está obrando, aun cuando no lo veamos. Esto requiere que mantengamos nuestra mirada en Él y que sigamos caminando por fe y no por vista. *Hebreos 10:36* nos recuerda: *“Porque os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa”*. Dios nos llama a perseverar, sabiendo que su tiempo es perfecto y que su Palabra se cumplirá en nuestra vida. La fe no es solo creer en Dios, sino mantenernos firmes incluso cuando las cosas parecen ir en contra.

Para superar los sabotajes espirituales y alcanzar las promesas de Dios, es necesario vivir una vida anclada en su presencia. *Esto significa hacer de su Presencia nuestro refugio, buscar su dirección y depender completamente de la guía del Espíritu Santo.*

Cuando estamos firmes en Dios, podemos enfrentar cualquier resistencia sin desviarnos. Vivir una vida anclada en Su presencia nos

permite ver los obstáculos desde una perspectiva diferente, confiando en que Él es nuestro protector y guía, en Él todas las cosas son posibles.

La firmeza espiritual nos ayuda a vivir una vida que no es movida por las circunstancias ni por los ataques del enemigo, sino que está cimentada en la roca firme de Jesucristo.

La vida cristiana no está exenta de desafíos y sabotajes espirituales. Cuando Dios declara algo sobre nuestra vida, es natural que enfrentemos oposición, ya que el enemigo busca impedir que los planes de Dios se cumplan. Sin embargo, a través de la vigilancia espiritual, el uso de nuestras armas espirituales y la perseverancia en la fe, podemos superar cualquier obstáculo y vivir en las promesas de Dios.

Preparémonos para reconocer los ataques del enemigo y mantenernos firmes en la fe, confiando en que Dios es fiel para cumplir su Palabra.

A dynamic, high-speed photograph of water splashing upwards, creating a large, central column of water with many smaller droplets and ripples around it. The water is a clear, light blue color against a white background.

CAPÍTULO 7

EL ESPÍRITU SANTO,

GUÍA DE VIDA

Juan 14:26

“Más el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas”.

¿Te has sentido alguna vez perdido, sin saber qué decisión tomar o cómo enfrentar una situación?

En esos momentos, necesitamos más que un buen consejo; necesitamos la guía de alguien que nos conozca mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos. Ese alguien es el Espíritu Santo, quien nos guía, consuela y capacita para vivir conforme a la voluntad de Dios.

Jesús lo describió como el Consolador, el Maestro que nos enseñaría todas las cosas y nos recordaría Sus enseñanzas (Juan 14:26). Más que una fuerza o una idea, el Espíritu Santo es una persona, un amigo que camina con nosotros, ayudándonos a vivir conforme al propósito de Dios. A diferencia de cualquier otra relación, la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida es constante, y Él

anhela ser nuestro amigo a cada paso que damos. Muchas veces subestimamos la cercanía del Espíritu Santo, pensando que solo está presente en los momentos de adoración o grandes eventos espirituales. Sin embargo, Él también está con nosotros mientras lavamos los platos, tomamos una decisión en el trabajo o enfrentamos conflictos familiares. *Reconocer su presencia constante nos da la seguridad de que nunca estamos solos.*

La presencia del Espíritu Santo no es temporal ni intermitente; *Él habita en nosotros y permanece con nosotros en todo momento.* Como creyentes, tenemos el privilegio de contar con su compañía en cada situación, ya sea en momentos de alegría o de prueba.

El Espíritu Santo nos conoce profundamente y comprende nuestras debilidades y necesidades. *Su deseo es ser nuestro amigo fiel y ayudarnos a vivir en plenitud.*

Esta amistad con el Espíritu Santo nos da la seguridad de que nunca estamos solos y que contamos con su ayuda, y dirección en todo momento.

El Espíritu Santo tiene un rol fundamental como guía y maestro en la vida. Jesús prometió que su Espíritu nos enseñaría todas las cosas y

nos recordaría todas las cosas, incluyendo las enseñanzas de Cristo. Él nos ayuda a entender la Palabra de Dios y a aplicarla en nuestra vida.

Romanos 8:14 dice: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios". Cuando permitimos que el Espíritu Santo nos guíe, dejamos de depender de nuestras ideas y nos alineamos con los planes perfectos de Dios. Esto no significa que nunca nos equivocaremos, pero sí que podemos confiar en Su dirección incluso cuando no entendemos todo.

Este tipo de guía es esencial para tomar decisiones en conformidad con la voluntad de Dios. A través de la oración y la comunión diaria, *el Espíritu Santo nos da discernimiento para saber cuándo actuar, cuándo esperar y cómo caminar en fe.* También nos corrige y nos alienta a volver al camino correcto cuando nos desviamos. Su dirección es perfecta, y confiar en Su guía nos permite experimentar una vida en sintonía con los planes de Dios.

Andar en el Espíritu

El Espíritu Santo no solo nos guía; también nos transforma. Vivir en el Espíritu significa cederle el control de nuestras acciones y decisiones, permitiéndole moldearnos para reflejar el carácter

de Cristo. *Gálatas 5:16 nos exhorta: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.* Esto no significa que debemos ser perfectos, sino que debemos rendir nuestras luchas al Espíritu Santo para que Él nos fortalezca.

En alguna ocasión un alumno me platicaba que luchaba con ira y resentimiento, dice: *cada vez que sentía que iba a perder el control, pedía ayuda al Espíritu Santo. No fue fácil, pero con el tiempo, me di cuenta de que mis reacciones cambiaban. Ya no era yo; era Él obrando en mí.*

La Palabra nos enseña que andar en el Espíritu es elegir vivir según los principios de Dios y no según nuestros impulsos o deseos naturales. La carne representa nuestra naturaleza humana y nuestras inclinaciones pecaminosas, mientras que el Espíritu representa la vida de Dios en nosotros.

Vivir en santidad no es un acto de perfección humana, sino de entrega y rendición al Espíritu Santo, permitiéndole moldearnos y transformarnos. Esto significa dejar de lado todo aquello que nos aleja de Dios y escoger lo que nos acerca a su trono. *Cuando vivimos en obediencia, el Espíritu Santo se convierte en nuestro aliado, fortaleciéndonos y guiándonos para vencer*

las tentaciones y llevar una vida que refleje el carácter de Cristo. Así, nuestra vida no solo es transformada, sino que también se convierte en un testimonio para los demás.

Cuando vivimos en comunión con el Espíritu Santo, Su obra en nosotros se hace evidente. Gálatas 5:22-23 describe los frutos que produce: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

Estos frutos no son algo que podamos producir por nosotros mismos, sino que son el resultado de una vida que permanece en comunión con el Espíritu Santo. *A medida que vivimos en obediencia y permanecemos en Su presencia,* estos frutos se manifiestan naturalmente, evidenciando el carácter de Dios en nosotros.

No solo nos transforman a nosotros, sino que también impactan a quienes nos rodean. Una vida llena de amor, paz y bondad es un testimonio vivo del poder transformador de Dios, que atrae a otros a Cristo.

Permitir que el Espíritu Santo produzca estos frutos en nosotros es una de las formas más efectivas de reflejar su presencia y de impactar positivamente a nuestro entorno. La manifestación de estos frutos nos permite vivir

de una manera que agrada a Dios, esto muestra su amor al mundo.

Debemos tener claro que el Espíritu Santo no es alguien que visita nuestra vida de vez en cuando; *es un compañero constante*. Su presencia nos da la fortaleza para enfrentar cualquier situación, la guía para tomar decisiones y la seguridad de que nunca estamos solos.

Vivir en el Espíritu no es algo que sucede automáticamente; requiere buscar Su dirección diariamente, confiar en Su guía y permitirle obrar en nosotros. Cuando hacemos esto, no solo experimentamos su paz y su poder, sino que también nos convertimos en instrumentos de su amor y su propósito en este mundo.

En tiempos de incertidumbre o tribulación, el *Espíritu Santo nos recuerda las promesas de Dios y nos da el valor para seguir adelante..* Él es la guía que Dios nos ha dado para que vivamos una vida en plenitud. Vivir una vida llena del Espíritu es un llamado a una relación de intimidad y dependencia en Dios, donde permitimos que sea quien dirige cada aspecto de nuestra vida.

Invítalo a ser parte de cada área de tu vida, desde las decisiones más grandes hasta los detalles más pequeños. *Su presencia transformará tu corazón,*

guiará tus pasos y te llenará de una paz que nada ni nadie puede quitar. Cuando vives en comunión con el Espíritu Santo, descubres que, con Él a tu lado, lo tienes todo.

El Espíritu Santo es nuestro amigo y guía constante, vivir en su presencia, confiando en que te transformará y preparará para cumplir el propósito de Dios en tu vida.



PALABRAS FINALES

Al llegar al final de este recorrido, quiero recordarte que El Origen, no es solo un conjunto de ideas o enseñanzas, sino una invitación a algo mucho más profundo: *vivir en la presencia de Dios, reconociéndolo como la fuente de todo propósito y vida en plenitud.*

En un mundo que constantemente nos impulsa a buscar el éxito material y el reconocimiento humano, este libro te desafía a mirar más allá de lo visible y a encontrar en Dios lo que ninguna otra cosa puede darte. La verdadera satisfacción no está en lo que poseemos o logramos, sino en una relación genuina y transformadora con nuestro Creador.

Hemos reflexionado sobre cómo Dios nos llama a vivir en humildad y dependencia de Él, dejando de lado nuestras cargas y permitiendo que su Palabra nos transforme. Como un alfarero con el barro, Dios desea moldear nuestra vida para que reflejemos Su gloria y cumplamos Su propósito.

También hemos explorado la importancia de caminar bajo principios y convicciones firmes. La vida en Cristo no es una montaña rusa de emociones, sino un compromiso *constante de fe y obediencia*. Aunque el camino pueda parecer angosto o desafiante, es el único que lleva a la verdadera vida. En este proceso, reconocer la realidad del mundo espiritual y aprender a luchar nuestras batallas en oración y fe es crucial. Todo lo que enfrentamos comienza en lo invisible antes de manifestarse en lo visible.

El Espíritu Santo, quien nos acompaña en cada paso, es la clave para vivir esta vida. Como amigo, guía y consolador, Él nos equipa para superar los obstáculos y nos capacita para vivir en obediencia. Su presencia nos llena de paz, Su guía nos orienta, y Su poder nos transforma desde adentro hacia afuera.

Este libro no es el final, sino el comienzo de un nuevo camino. *Dios te invita a una relación sincera y profunda con Él*, a caminar cada día en Su presencia y a descubrir el propósito eterno que tiene para ti. No importa cuán lejos creas que estás, Su gracia es suficiente para transformarte y renovarte.

Busca Su presencia cada día, permite que su Palabra te moldee y deja que su Espíritu Santo sea una constante en tu vida. *Cuando lo hagas, experimentarás plenitud, paz y gozo.* Descubrirás que todo cobra sentido, porque Él es el origen y la fuente de todo.

Dios tiene el poder de hacer nuevas todas las cosas. Confía en que Su amor puede transformar cada área de tu vida y dar forma a cada sueño y decisión. No estás solo en este viaje. Su Espíritu Santo está contigo, guiándote, fortaleciendo cada paso y mostrándote que, *con Él, todo es posible.*

Permite que Dios sea el origen de todo en tu vida. Cuando lo hagas, entenderás que todo tiene propósito, y descubrirás una vida llena de significado, marcada por su amor eterno.

Este es solo el comienzo. Vive en comunión con Él, y deja que Su luz ilumine tu camino cada día.

Dios es el Origen de todas las cosas, si permites que lo sea en tu vida, descubrirás que, todo cobra sentido y tiene un propósito.



EL ORIGEN

NO PUEDES BUSCAR EL PODER Y RECHAZAR AL TODOPODEROSO

Apartados de Dios no podemos hacer nada. El mundo nos enseña a perseguir fama, dinero y reconocimiento; sin embargo, Dios nos revela que en Él está la plenitud, la verdadera fuente de vida. Nos dice que debemos buscar primeramente su Reino y su Justicia, y lo demás vendrá por añadidura. No podemos querer tener agua sin estar conectados a la Fuente de agua viva.

Solo en Él encontramos lo que realmente necesitamos, porque todo lo demás se añade cuando le damos a Él el primer lugar en nuestra vida.



*PASTORES EDUARDO
Y JAZMÍN DE JESÚS*

Un libro del corazón de Dios
para las naciones de la tierra.